

ORGANIZACIONES HAITIANAS EN CHILE: LA
DIFICULTAD DE SER DIRIGENTES SOCIALES EN
UNA COMUNIDAD RACIALMENTE DISCRIMINADA

Yvenet Dorsainvil

YVENET DORSAINVIL

Licenciado en Ciencias de la Educación y Diplomado en Política Exterior de la Universidad de Santiago. Especialista en Relaciones Internacionales de la Universidad de Chile. Autor del primer Diccionario Kreyòl-Español. Integrante del Consejo Consultivo del Instituto Nacional de Derechos Humanos. Director y creador de la Radio Konbit FM de la comunidad haitiana. Ex miembro del Consejo Consultivo Nacional de Migraciones (2016-2018) del Gobierno de Chile.

ORGANIZACIONES HAITIANAS EN CHILE: LA DIFICULTAD DE SER DIRIGENTES SOCIALES EN UNA COMUNIDAD RACIALMENTE DISCRIMINADA

En 1804, después de muchas batallas, Haití se convirtió en el primer país negro liberado. Esta nación, construida por negros que heroicamente se liberaron de la esclavitud, inspira a muchos afrodescendientes por su historia, pero también porque fue el único país en el mundo que no aceptó la esclavitud en su territorio. Por ende, los primeros líderes haitianos se dieron cuenta rápidamente del rol que Haití debería desempeñar frente a las otras naciones que todavía estaban esclavizadas. Desde los orígenes de la nación haitiana, el libertador Jean Jacques Dessalines ofreció 40 dólares a los marineros que hicieron la ruta estadounidense por cada negro trasladado a la isla, ya que, a pesar de la independencia de Estados Unidos, los negros seguían esclavizados y sin derechos. (Rose-Mie Léonard, 2003. *L'indépendance d'Haiti perceptions aux États-Unis, 1804-1864*. France: Outre-mer revue d'histoire).

Más tarde, el presidente Alexandre Pétion ofreció dar la bienvenida y trabajo remunerado a cualquiera que escapara de la esclavitud y decidiera emigrar a Haití, y el rey Henry Christophe hizo lo mismo al poner a disposición de los filántropos estadounidenses botes y un presupuesto de 25 mil dólares para garantizar el transporte de los afroamericanos que desearan emigrar a Haití (de 1807 a 1820 Haití se dividió en dos, el norte gobernado por Henry Christophe y el sur, por Alexandre Pétion).

En este mismo contexto, la Constitución haitiana de 1816 también abogó por esta solidaridad con los ciudadanos del mundo que consideraba más vulnerables y que sufrían la esclavitud, al declarar en el artículo 44 que “todos los africanos, indígenas y nacidos de su sangre y los que vienen de una colonia que quieren residir en la República de Haití serán reconocidos como haitianos”, es decir, libres y ciudadanos. Fue por esto que en 1817 el presidente haitiano Alexandre Pétion se negó a devolver a sus “dueños” a siete negros jamaquinos que habían huido desde Jamaica a Haití.

Así, en 1824, alrededor de veinte barcos salieron del puerto de Filadelfia con dirección a Haití, con cerca de 2.000 candidatos migrantes a bordo. En los años siguientes se estima que unos 13.000 afroamericanos se establecieron en Haití. Pero los estadounidenses negros no fueron los únicos que emigraron a Haití. Los habitantes de Martinica y Guadalupe (territorios antillanos colonizados por Francia hasta el día de hoy) también abandonaron sus islas para vivir en la nueva república

negra. Hay pocos datos sobre el número de antillanos que emigraron a Haití en ese momento, sin embargo, según la historiadora Brenda Gayle Plummer, había más de 1.500 en 1910. En ese momento Haití fue nombrado “Perla de las Antillas” para algunos y otros lo vieron como “El Dorado de los afrodescendientes y los caribeños” (Weibert Arthus, 2007. *La politique étrangère des pères fondateurs d’Haïti*. France: Publications de la Société Française d’Histoire d’Outre-mer, 2007).

Esta historia migratoria comenzó a revertirse a partir de la ocupación americana de 1915 a 1934, pues los haitianos fueron los que empezaron a migrar. La migración haitiana ha apuntado, por una parte, tradicionalmente hacia Estados Unidos y República Dominicana por la cercanía que tenemos con estos países geográficamente y, por otra, hacia Francia y Canadá por la cercanía lingüística. La mayoría de las personas haitianas que migraron a estos países francófonos fueron jóvenes que buscaban ingresar a las diferentes universidades.

Posteriormente, con el transcurso de los años, antes del 2004, el único país sudamericano que realmente conectó con Haití fue Venezuela, dado que dicha nación siempre ha reconocido que la participación de Haití fue muy importante en la independencia de los países liberados por Simón Bolívar. No solamente lo leímos en el colegio, sino que también migramos tímidamente a este país. Conocimos a Brasil y Argentina por el fútbol y leímos que Chile era el país del cobre, país de Pablo Neruda y Gabriela Mistral.

En febrero del 2004, el presidente Jean Bertrand Aristide sufrió un golpe de Estado que facilitó a la ONU instalar la Minustah o Misión de Estabilización de las Naciones Unidas en Haití, organismo que reclutó a soldados y policías de distintos países del mundo para la “pacificación” del país tras el derrocamiento del fundador del partido político Fanmi Lavalas. Chile fue parte de esta misión onusiana, por lo que empezamos a convivir con los soldados chilenos de malas y buenas formas, y empezamos a tener una cierta conexión con Chile y a adquirir información sobre la cultura del país y los requisitos necesarios para ingresar a él. Teniendo estos antecedentes en plena crisis (porque la situación socioeconómica empeoró después del golpe), empezamos a tener pequeños grupos de haitianos migrando a Chile entre 2005 y 2006, los que estaban compuestos por jóvenes que llegaron con la intención de trabajar y estudiar al mismo tiempo. Eso, hasta que el terremoto golpeó a Haití en enero de 2010, cuando murieron más de 200.000 personas. Esta situación dio inicio a la llegada masiva a Chile de estos compatriotas que quedaron sin familia en algunos casos o sin sus bienes, en otros (Namie Di Razza, 2010. *L’ONU en Haïti depuis 2004*. France: l’Harmattan).

Finalmente, la última ola de migrantes haitianos tuvo su origen en la necesidad de reunificación familiar, lo que generó que las familias crecieran en territorio chileno y los problemas de todo tipo comenzaran a aparecer, por lo que terminamos

entendiendo que teníamos la necesidad de organizarnos. En esta pequeña reflexión intentaremos relatar la historia de las organizaciones haitianas en Chile, las dificultades que enfrentan los dirigentes sociales, cómo enfrentan esas dificultades y cómo visualizamos la política migratoria chilena y la actuación de los actores políticos frente a la nueva ola migratoria que llega al país.

HISTORIA DE LAS ORGANIZACIONES HAITIANAS EN CHILE Y SUS DIFICULTADES

En el 2006 se creó Ache Internacional, la primera organización social de residentes haitianos en Chile, cuyo objetivo principal fue facilitar el ingreso de los haitianos a las universidades chilenas y promover la integración de estos compatriotas en la sociedad, respondiendo a una de las principales necesidades de la pequeña cantidad de jóvenes haitianos/as que ingresaba al país.

A través de reuniones y seminarios constantes, esta organización logró que muchos coterráneos se matricularan en distintas casas de estudio de Chile (especialmente en la Universidad de Chile, Santo Tomás y Federico Santa María) gracias a la información que obtuvieron sobre la beca Juan Gómez Millas para estudiantes caribeños y latinoamericanos (era más fácil acceder a esta beca en aquella época). A fines de la primera década de los 2000, estos pioneros no enfrentaron tantas dificultades como las que existen actualmente, no solamente porque los haitianos que estaban en el país eran pocos, lo que significaba que habría menos problema por una cuestión de escala, sino también porque el racismo no era tan fuerte en una época en que más que vernos como una amenaza o una invasión de negros que amenazaba con cambiar la raza, éramos vistos como algo novedoso que aparentemente todos querían conocer (un proceso de conocimiento).

Algunas ONG chilenas que estuvieron en territorio haitiano comenzaron una campaña de sensibilización que lamentablemente abusó de la exposición de imágenes que mostraban a Haití destruido, lo que provocaba cierta resistencia entre los chilenos al momento de arrendar una casa a las personas haitianas, pues muchos pensaban, erradamente, que vivir en una casa era algo nuevo para un haitiano. Entre algunos nacionales surgió la preocupación respecto a cómo los migrantes serían capaces de mantener sus casas limpias y esto se transformó en un pretexto para justificar el racismo en la actualidad. La Ache Internacional empezó a compartir con otras organizaciones haitianas a partir de 2010. Después del terremoto de Haití y el inicio del ingreso de las víctimas de la catástrofe, las necesidades cambiaron y la cantidad de haitianos viviendo en Chile requería presencia de dirigentes sociales en distintos puntos del país. Así se crearon la Organización Flambo en la comuna de Quilicura,

Ocasch en la comuna de Pedro Aguirre Cerda, Oschec en Estación Central, y Ohui y ONG Buen Samaritano en Independencia. No solamente nos encontramos con un grupo de personas que llegó con diferentes secuelas psicológicas post terremoto, sino que también tuvo que enfrentarse a la dureza de la política migratoria de Chile. El movimiento telúrico no eligió a quién empujarle la espalda: ya no llegaban solo los jóvenes que buscaban estudiar y que incluso recibían dinero de los familiares en algunos casos, sino que comenzaron a ingresar al país los mismos adultos que apoyaban a los chicos y que lo perdieron todo, y que tuvieron que dejar la isla para recomenzar cultural y económicamente en otro país, uno donde tienen que realizar otro tipo de trámite migratorio para permanecer en él.

Lo más sorprendente era la visa sujeta a contrato: es entendible que la ley migratoria fuera elaborada en una época distinta y en una coyuntura migratoria diferente, pero somos conscientes de lo inaceptable que es cualquier tipo de esclavitud, sea moderna o tradicional. No era tan difícil para un connacional haitiano conseguir un trabajo para responder al requisito que exigía tener un contrato para postular a una visa sujeta a contrato, pero para cualquiera era increíble que la misma ley exigiera que el beneficiario de este tipo de visa tuviera que trabajar más de dos años sin cambiar de empleador para tener la posibilidad de acceder a la residencia definitiva. Durante esos dos años, si el trabajador renunciaba o no respondía a todas las exigencias administrativas (a veces inhumanas), el empleador tenía el derecho de denunciar y el trabajador migrante recibía una carta que le pedía abandonar el país. En este contexto, muchos compatriotas tenían en su posesión una carta de abandono del país en un tiempo récord. Era muy difícil para los dirigentes sociales enfrentar la situación y los ciudadanos comunes y corrientes se encontraron en un laberinto con salidas imposibles que implicaron que:

1. Nadie quiso volver a Haití porque ser deportado significaba pasar unos días en el Penitencionario Nacional de Haití, que es un infierno. También fue una situación novedosa para el Estado de Haití porque los países a los que tradicionalmente migraban sus habitantes no solían deportarlos por renunciar a un trabajo.
2. Los compatriotas que generalmente enfrentaron estos problemas fueron quienes arrancaron del terremoto y prefirieron estar en Chile, trabajando de forma clandestina, exponiéndose a cualquier tipo de maltrato, antes que volver, lo que fue muy rentable para algunos empresarios mal intencionados.
3. Hay un grupo de personas que no consiguen encontrar trabajo estando indocumentadas y no tienen el dinero para abandonar el país (recibir la carta que solicita abandonar el país no significa que el Estado chileno deporta inmediatamente a alguien, sino que el mismo afectado, sin posibilidad de trabajo, tiene que generar los recursos para comprar el pasaje de regreso).

Dentro de este grupo empezamos a registrar a compatriotas en situación de calle, casos de tuberculosis y muertes por frío.

A mediados del año 2015, los haitianos que alcanzaron cierta estabilidad en el país comenzaron a traer a sus familiares y esto provocó la explosión migratoria de nuestra comunidad, pues el concepto de “familia” no se percibe de la misma forma que en Chile. Para nosotros la familia tiene que ver con los hermanos, padres, primos, tíos y amigos cercanos.

En esta nueva etapa apareció el racismo duro y declarado desde la calle y las instituciones, con lo que surgieron nuevos desafíos relacionados con la integración de los niños/(as), la readaptación de los papás a una nueva forma de educar a sus hijos y a las leyes y las costumbres, lo que obviamente implicó la multiplicación de las organizaciones sociales en casi todas las regiones del país, que si bien son un gran aporte para la comunidad, se relacionan de manera desproporcionada con los problemas más estructurales. Estas organizaciones abordan temas que van desde la asistencia a una persona que está en situación de calle en una comuna específica hasta la catalización de la relación con los gobiernos locales, los vecinos chilenos y los compatriotas que llegan a integrarse. Para equilibrar los esfuerzos creamos la Plataforma de Organizaciones Haitianas en Chile, donde conectamos a las organizaciones, informamos sobre ellas y acerca de la situación que viven los coterráneos de cada comuna, con la finalidad de encontrar una solución en conjunto. La plataforma se subdivide en nueve comisiones (Cultura, Relaciones Internacionales, Género, Educación y Capacitación, Desarrollo Social, Salud, Equidad de Género, Trabajo y Comunicación) que funcionan bajo la dirección de un comité central.

Es cierto que inicialmente tuvimos que lidiar con la impetuosidad de una sociedad que vemos que se ha vuelto racista y clasista, donde el haitiano es víctima de todo tipo de violencia. En esa línea, nos ha tocado hacer frente a agresiones que van desde las provocaciones de los medios de comunicación tradicionales y digitales hasta la violencia física que resulta fatal, provocada en muchas ocasiones por discursos racistas de algunas autoridades. Pero la mayor dificultad que hemos debido enfrentar y que seguimos enfrentando tiene que ver con los principios básicos establecidos internamente para una organización que se ha definido como una sin fines de lucro, que trabaja en conjunto y que le otorga importancia a la cooperación con las demás instituciones (sean organizaciones migrantes u otro tipo de organismos), sin convertirse en marioneta de ninguna. Este último punto es muy sensible dentro de nuestra organización porque somos muy conscientes de la manera en que operan las autoridades de nuestro país, y si estamos organizándonos en un país ajeno, no podemos repetir la misma historia. Así que recibimos consejos

y cooperamos, pero las decisiones finales que atañen a nuestra organización las tomamos nosotros y nos hemos dado cuenta de que a algunos les cuesta aceptar o entender nuestra postura.

Esta asociación de organizaciones también ha tenido que manejar y superar varios conflictos internos, porque cuando las entidades que toman decisiones sospechan cuáles son las necesidades principales de un dirigente social, hay posibilidad de que le ofrezcan exactamente lo que necesita, y si este dirigente no es fiel a sus principios, es probable que caiga y termine trabajando para los mismos detractores de nuestra comunidad.

REFLEXIÓN

Por más que no queramos entrometernos en la política del país que nos acoge, como dirigentes sociales nos encontramos frente a un panorama donde por lo menos tenemos que mantenernos informados de la actualidad política, estudiar la historia de las instituciones y analizar los acontecimientos y discursos de los políticos activos porque usan la migración como un instrumento para convencer a la ciudadanía (votante).

Uno de los elementos que logramos identificar en la política chilena es que, mayoritariamente (para no hablar de todos), los políticos chilenos de cualquier coalición o partido político comparten una misma línea en distintos ámbitos, algo que no criticamos porque podemos entender que este comportamiento lleva consigo algún resultado positivo, pero este mismo patrón también se repite en materia migratoria, aunque hay ciertas diferencias en este punto. Por un lado, un sector tiene un discurso violentamente xenófobo y racista, que en muchas ocasiones genera reacciones intensas de parte de un grupo de personas, y toma decisiones que perjudican a los migrantes, a quienes consideran demasiado diferentes. Es muy común escuchar desde este sector que “estos migrantes vienen a cambiar la raza, ingresan al país mintiendo, vienen a quitarle el trabajo a los chilenos o traen enfermedades”. Otro sector tiene un discurso más pacífico, moderado y reconciliador que no hace sentir tantas humillaciones, pero al final las decisiones que toma son idénticas y se definen bajo las mismas argumentaciones en torno a la migración.

Cuando se anunció la reforma migratoria en abril de 2018, uno de los puntos más polémicos fue el establecimiento de una visa consular para ciudadanos haitianos. Esta decisión fue cuestionada por las organizaciones sociales, la comunidad haitiana y también por algunos políticos, porque se consideraba una iniciativa discriminatoria debido a todos los discursos anti haitianos que acompañaban este proceso y porque

era considerado injusto optar por frenar únicamente a la migración haitiana. Pero esta decisión fue influida por una propuesta del gobierno anterior, basada en el reclamo popular contra la “excesiva” presencia haitiana en el país (Emol, 2017¹)

De la misma forma, fue imposible que la administración anterior acogiera la justa demanda de las organizaciones migrantes que solicitaban una amnistía migratoria durante varios años, porque muchos migrantes (especialmente haitianos) fueron engañados al recibir contratos de trabajo falsos para entregar al Departamento de Extranjería. Finalmente, llegó el actual gobierno a instaurar un “proceso de regularización extraordinaria” con una clara trampa y discriminación hacia la comunidad haitiana, al exigir un certificado de antecedentes penales que debe llegar directamente desde la Policía de Haití a las autoridades chilenas, pese a que es el solicitante quien paga para recibir este documento, mientras que las demás nacionalidades tienen la posibilidad de solicitar el documento desde su país, recibirlo y entregarlo a las autoridades chilenas, lo que les permite contar con una fotocopia para realizar cualquier otro trámite que pudiera requerir este mismo certificado. En última instancia, la falta de compromiso de las autoridades de los dos países ha dejado a miles de haitianos(as) en riesgo de quedar indocumentados a pesar de que el gobierno chileno ha decidido extender la fecha límite del proceso en tres meses. La mayoría de estos compatriotas ha recibido documentos del Departamento de Extranjería (DEM) informándoles que la visa está disponible, pero tienen que acudir con el certificado de antecedentes, uno al que no es posible realizarle un seguimiento, ya que se articula entre los dos países directamente.

El supuesto Plan de Retorno Humanitario es una iniciativa que compromete a los distintos poderes (Ejecutivo, Legislativo, Judicial e incluso comunicacional) y que declara facilitar el regreso de muchos haitianos que no han incurrido en ningún acto delictual, pero a los que se castiga con no poder volver al país durante nueve años, tal como si se tratara de delincuentes). Pese a todo, se puede indicar que este plan sí tuvo algo “humanitario” debido a que existían haitianos(as) que deseaban retornar, pero la mayoría de ellos condicionados por haber sido víctimas de diferentes vulneraciones, como abusos sexuales y laborales, principalmente. Frente a esto, el gobierno chileno, en vez de facilitarles el acceso a la justicia, optó por castigar a los angustiados(as) y aliviar a los detractores.

En los testimonios publicados por la prensa, muchos afirmaban que deseaban retornar porque permanecían meses trabajando sin recibir su sueldo; no requiere

1. Gobierno estudia exigir visa a haitianos. 02 de julio 2017. Emol.com: <https://www.emol.com/noticias/Nacional/2017/07/02/865135/Gobierno-estudia-exigir-visa-a-los-haitianos-que-ingresen-a-Chile-como-turistas.html>)

un mayor análisis comprender lo que significa encontrarse en un país ajeno sin un ingreso económico. Posteriormente, ya en Haití comenzó a conocerse la realidad y magnitud de los casos, como fue el ejemplo de un joven que fue parte del Plan de Retorno Humanitario y que regresó a su país en silla de ruedas. De acuerdo a lo que mostró la prensa chilena en ese momento, su madre había fallecido mientras él se encontraba en Chile, y él amenazó con suicidarse por no tener la posibilidad de viajar y asistir a su velorio. Una vez en Haití, el hombre declaró no haber podido viajar por un accidente laboral a raíz del que quedó discapacitado. Esta es una de tantas historias que se pueden escuchar de todas las personas que fueron parte del proceso de retorno a Haití, entre las que se cuenta un suicidio tras la llegada al país.

¿Por qué últimamente, cuando se habla de endurecer la política que restringe la migración, se enfoca la discusión principalmente en la comunidad haitiana?

Que los políticos u otros personajes que tienen ciertos poderes opten por dar un trato digno a los migrantes no es algo popular en Chile, y es aún menos popular si se trata de la dignidad de la comunidad negra, discriminada transversalmente.

Esto es visible en instancias que implican desde los medios de comunicación, que luchan por el rating mostrando lo que a la mayoría le gusta ver, hasta un candidato que puede ganar un proceso eleccionario atacando a un grupo de migrantes o exhibiendo falsa información para crucificar a un grupo de personas (noticias falsas fueron compartidas más de un millón de veces en redes sociales, mayoritariamente en contra de la comunidad haitiana). Todo lo anterior transforma a muchos políticos e instituciones comunicacionales en esclavos de estas informaciones a pesar de que saben muy bien que son falsas, porque cualquier error puede terminar con una carrera política o significar el fracaso de una institución comunicacional que necesita de sus televidentes, auditores o lectores para captar a las grandes empresas. En este sentido, cuando los vecinos reivindican una invasión de haitianos o los viajeros del metro denuncian nuestra presencia, en realidad no es porque seamos muchos, sino porque somos muy diferentes, y aunque las autoridades lo saben, deciden echar mano al mismo pretexto o, incluso, algunas prefieren ser cómplices de esta discriminación porque no es popular defender la justicia y desprenderse de la discriminación racial, para así asegurar una generación futura sin odio ni confrontación.